

Memorias de un inmigrante japonés*

Emma Chishuru Nakatani Sánchez

El 26 de noviembre de 1932 llegó a las costas de Manzanillo, Colima, la embarcación japonesa *Gueiyamaru*, procedente del puerto de Yokohama. A bordo viajaban cientos de ciudadanos japoneses. Algunos ya eran residentes americanos; otros llegaban por primera vez, en busca de un mejor futuro. Tal fue el caso de Yoshigei Nakatani, quien decidió embarcarse contratado por una empresa japonesa, *El Nuevo Japón*, y quien da cuenta de esta travesía en las memorias que escribió a los 65 años.

Este documento permite estudiar y reconstruir varios temas de la historia social de México y de Japón del siglo XX, una ventana hacia dos mundos distintos. Relata la vida cotidiana de una familia campesina en un pequeño poblado japonés a principios del siglo XX y, tras la llegada de Nakatani, recrea la vida diaria en el centro de la ciudad de México. Es además un testimonio sobre la conformación y el comportamiento de la colonia japonesa en México, tema poco estudiado por la historiografía mexicana, ya que, en comparación con otras colonias, a México llegó un número muy pequeño de emigrantes japoneses¹, si bien siempre ha sido una colonia reconocida por la sociedad mexicana.

* Este trabajo está basado en la investigación que realicé para mi tesis de licenciatura en la Universidad Iberoamericana. En ella, hice un estudio preliminar y la edición a las memorias de Yoshigei Nakatani, quien fuera mi abuelo paterno. Ver Emma Chishuru Nakatani Sánchez, *Estudio preliminar y notas a: "Novela escrita por Carlos Nakatani. Historia de su propia vida"*, tesis de licenciatura, Universidad Iberoamericana, México, 2002. Quiero agradecer profundamente a la Dra. Clara García Ayluardo por brindarme su guía en la elaboración de este artículo.

¹ Kenneth Bruce McCullough, *America's Back Door: Indirect international immigration via Mexico to the United States from 1875 to 1940*, Texas, University of Texas (Dissertation), 1992, p. 138.

La historia de la migración japonesa a México se remonta a finales del siglo XIX, cuando, en 1888, se firmó el *Tratado de amistad, comercio y navegación entre México y el Imperio japonés*.² A partir de ese momento empezaron a llegar varios grupos de inmigrantes japoneses a México, unos cuantos con la idea de establecerse y buscar fortuna, y muchos con Estados Unidos como meta.³

En 1924, México y Japón volvieron a firmar un *Tratado de comercio y navegación*, que promulgaba la inmigración por requerimiento: “*yobiyose*”. Esto significaba que el ingreso de japoneses al país únicamente podía realizarse a través de la invitación de otro japonés ya residente en territorio mexicano. Entre los años 1925 y 1932 llegaron a México 2183 japoneses⁴, entre ellos Nakatani, quien recuerda el momento en que leyó en el periódico el anuncio que le daba una oportunidad distinta de trabajo:

Un día llegó Kisimoto a mi casa, traía un periódico y me dijo: “Mira lo que dice aquí, una compañía japonesa que está en México solicita 13 botoneros. Aquí está el domicilio y la hora para entrevistarse con el dueño.” (...) Llegamos al hotel de Osaka; Kisimoto llevaba traje y yo iba con kimono. Preguntamos en la oficina si se encontraba el señor H. Kato. Nos llevó un mozo a la habitación, él se encontraba sentado en la sala. Hablé con él y le pregunté: “¿Este anuncio es pasado o todavía necesitan a esa gente?”. “Ustedes son los primeros en venir y, si están de acuerdo, pueden firmar el contrato, pero tienen que esperar hasta que estén las 13 personas. Ustedes ya tienen el trabajo seguro, pero tienen que traer un papel con la firma del patrón que indique su buena conducta y de la delegación a la que pertenecen, una firma en la que conste que no han cometido ningún delito.”⁵

Fue la decisión más importante que tomó Nakatani, aunque ignoraba entonces que cambiaría su vida de forma tan radical y pensaba que su regreso sería rápido:

² María Elena Otra Mishima, *México y Japón en el siglo XIX: la política exterior de México y la consolidación de la soberanía japonesa*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1976, p. 15.

³ Kenneth Bruce McCullough, *ibid.*

⁴ María Elena Otra Mishima, *Siete migraciones japonesas en México. 1890-1978*, El Colegio de México, México, 1985, p. 67.

⁵ Emma Nakatani, *op.cit.*, p. 190.

A mi madre le hablé por teléfono: “No hay tiempo de ir al restaurante, mañana me voy.” “Los muchachos del club querían hacerte una despedida.” (...) Mi madre lloraba y me decía “Es imposible que no vengas si vas tan lejos”. “No me voy a quedar los cinco años, quizá dentro de dos años regrese.” Me despedí.⁶

Entonces, México atravesaba por una fuerte crisis económica, fruto de la gran depresión de 1929, y la desigualdad social era tremendamente visible. Cuando Nakatani narra el momento en que el *Gueiyamaru* se acerca a las costas de Manzanillo, comenta el impacto que le causó ver la diferencia entre este lugar y las ciudades estadounidenses que acababa de conocer:

Caminamos seis días más y llegamos a Manzanillo a las seis de la mañana, el día 26 de noviembre de 1932. Nos sorprendimos al ver la diferencia con los otros puertos; había mucha pobreza, un cerro pequeño y casas arriba del cerro hechas de palma y otras de cartón y madera. Pensábamos si así era México, no podía ser.⁷

Una de las situaciones más fuertes a las que se enfrenta un extranjero es el choque y la asimilación cultural, cuyo eje suelen ser los sentimientos de aceptación y de rechazo por parte de la sociedad receptora. En el caso de la colonia japonesa es interesante la ambivalencia con que fueron tratados los inmigrantes, tanto por el gobierno mexicano como por la sociedad. Por un lado, para la gran mayoría era difícil distinguir entre los extranjeros asiáticos: todos eran físicamente iguales y su cultura era profundamente ajena a la mexicana.⁸ Así, el profundo rechazo hacia los chinos muchas veces se extendía a todo aquel que llegara de Asia, aunque es importante recalcar que, entre chinos y japoneses, estos últimos tenían muchas más concesiones que los primeros y eran vistos con mejores ojos. Naka-

⁶ *Ibid.*, p.196.

⁷ *Ibid.*, p. 204.

⁸ *Cfr.*: Pastora Rodríguez Aviñoá, “La prensa nacional frente a la intervención de México en la Segunda Guerra Mundial”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. XXXIX, oct.-dic. 1987, p. 290. También el texto de Clara Lida, *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI Editores, 1997. Ambos textos tienen poca pero interesante información respecto al sentimiento antiasiático en la sociedad mexicana de mediados del siglo XX.

tani narra el proceso de asimilación que tuvo que seguir para sobrevivir en la sociedad mexicana, tradicional y católica, en parte discriminadora y elitista.

El primer paso que dio Nakatani, como muchos inmigrantes, fue formar una familia con una mujer mexicana, para así engancharse a su nuevo país.⁹ Esta decisión implicó otro cambio: de sintoísta a católico. Dice Carlos, su hijo mayor, ante el rechazo de su abuela a esta relación: “El día que me bautizaron a mí también bautizaron a mi papá, porque antes de casarse tenía que estar bautizado.”¹⁰

Así, la adopción de un nombre cristiano y la formación de una familia mexicana implicaban un lazo de mayor fortaleza y permanencia –ayuda económica, laboral y moral–, sobre todo en una sociedad en donde la familia, directa y ampliada –compadrazgo, amigos–, es el eje y, por lo tanto, el medio más directo de adaptación. Así, se puede explicar que Nakatani, a tan sólo dos años de haber llegado a México, haya formado una familia con una mujer mexicana:

El día 20 de agosto nació mi hijo y le pusimos el nombre de Carlos. Yo me sentía feliz, los problemas para mí habían parado. Por el nacimiento de mi hijo nos fuimos a vivir a la casa de sus familiares (de Emma); era la casa que estaba al lado de la fábrica, era muy grande, tenía varias habitaciones.¹¹

Uno de los acontecimientos que marcó la vida de la colonia japonesa fue la guerra del Pacífico (1941-1945) en la segunda guerra mundial. Cuando el conflicto tuvo impacto en México, tras el bombardeo de Japón a la isla de Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, la colonia japonesa empezó a movilizarse de manera insólita para ayudarse unos a otros ante las medidas que el gobierno mexicano adoptó en su contra. Por un lado, les quitaron todas las garantías individuales y se ordenó que todos los japoneses que vivían en el interior de la república –sobre todo los que residían al norte del país– se concentraran en tres ciudades: Celaya, Guadalajara y el Distrito Federal. Nakatani transmite la angustia de aquel momento:

⁹ De un grupo de 401 japoneses que vivieron en México entre 1890 y 1940, 111 contrajeron matrimonio con una mexicana, mientras que 79 lo hicieron con una japonesa- en muchos casos traída expresamente desde Japón para lograr este fin. Ota Mishima, *Siete migraciones...*, p. 140.

¹⁰ Carlos Nakatani Avila, Pintor, México D.F., 16 de noviembre de 2001.

¹¹ Emma Nakatani, *op cit.*, p. 217.

Llegué a las doce de la noche a mi casa, no podía dormir, pensaba en mis cinco hijos, no tenía dinero ahorrado, únicamente esperaba las noticias para saber la suerte que corríamos. Al día siguiente, con letras grandes, decía en el periódico que nos prepararíamos para concentrarnos, todavía no se sabía el lugar pero llegaría la orden. Mi esposa me preparó una pequeña petaca, no tenía ropa suficiente; lo que ganaba, la mayor parte lo jugaba; mi más grande pena era no tener dinero para dejarle a mi familia. Con lágrimas en los ojos les pedí a los familiares de mi esposa que los protegieran en mi ausencia. Yo sabía que con ellos no había ninguna seguridad; los dos llorábamos, ella me decía: “Tu no te preocupes, yo lucharé para que a mis hijos no les falte lo necesario.” El señor Sakaguchi tenía dinero, pero no era un alivio para mi pena, yo no iba a pedirle para dejarles algo a los míos. Pasamos unos días amargos y al fin salió en el periódico una noticia agradable para mi esposa y para mí, decía que el Distrito sería el lugar de concentración y que los que radicaban en provincia serían traídos al mismo lugar. Ahora mis hijos, mi esposa y yo llorábamos de alegría porque ya no los tenía que abandonar.¹²

Se crearon unos Comités de Ayuda Mutua que, con fondos de la embajada japonesa, compraron la Ex Hacienda de Temixco, en Morelos, con el fin de dar albergue y alimento al mayor número de compatriotas posible:

En ese tiempo en el Distrito había muchas casas desocupadas en vecindades; para muchos fue fácil instalarse, no pedían fiador y una sola renta tenían que dar. Los que traían dinero se instalaron por las calles de Balbuena, otros en las de Taller y en la colonia Obrera. Para los que no traían ni para comer, que era la mayoría de los concentrados, el señor Matsumoto tenía un rancho en San Jerónimo, se llamaba Hacienda Batán, estaba arriba de Contreras, era un lugar bastante frío, ahí se hospedaron quinientas personas y gracias al señor Matsumoto tuvieron albergue.¹³

Los japoneses con menos recursos, como Nakatani, vieron la manera de ayudar a sus compatriotas:

¹² *Ibid.*, p. 246.

¹³ *Ibid.*, p. 247.

Todas las noches nos reuníamos, tomábamos mucho y platicábamos, esto se repitió casi todas las noches. Un día me habló Moyamoto para que fuera a la bodega, me presentó con cuatro jóvenes: “Ellos vienen de San Luis, son comerciantes y me vinieron a ver para que los ayude. Nakatani, ellos quieren trabajar enseguida pero no tienen dinero, tú tienes amistades que quizá los puedan ayudar. Necesitan \$20,000, son honrados y trabajadores.”¹⁴


Así vivió la colonia japonesa hasta el fin de la guerra, marcado por el ataque estadounidense a Hiroshima y Nagasaki en 1945. Después de vivir en carne propia los festejos triunfantes del imperialismo japonés, la derrota fue catastrófica para la colonia japonesa. Dice Nakatani:

Sakaguchi, Nishikawa y yo pensamos en recaudar fondos para ir a Japón y saber la realidad, si era cierto que se había rendido. Reunimos \$30,000 y Sakaguchi y Nishikawa se fueron. Llegaron a Los Ángeles y ahí abordaron el barco, en él iban muchos japoneses que querían saber de sus familiares. Ya en camino, Nishikawa puso en un gancho la bandera japonesa, la gente pensó que estaba loco, el barco era americano y los marineros veían esto con desagrado (...) El barco siguió su ruta y después de media hora llegó al muelle de Kawasaki. Ahí esperaban el hijo y el hermano de Sakaguchi, iban muy mal vestidos, con los pantalones parchados. Sakaguchi les dijo: “Japón ganó, ¿por qué vienen tan mal vestidos?” A su hermano se le salieron las lágrimas y dijo: “Estás en un error, Japón perdió.”

El fin de la segunda guerra mundial generó un cambio significativo al interior de la comunidad japonesa en México. Muchas de las personas que tuvieron que trasladarse a Guadalajara, a Celaya o a la Ciudad de México prefirieron quedarse allí y tratar de rehacer su vida; otro, regresaron al interior de la república, y algunos volvieron a Japón.

Nakatani vivió en México de 1932 a 1992. Nunca se naturalizó, como muchos de sus paisanos. Según su nuera Mercedes, esto se debió fundamentalmente a un rasgo de lealtad a su patria:

¹⁴ *Ibid.*, p. 248.

“Yo soy más mexicano que japonés”, me decía. “Cuando oigo el himno nacional mexicano y veo pasar la bandera mexicana, siento mucha emoción y quiero llorar; siento mucha más emoción que cuando veo la bandera japonesa.” Eso decía pero nunca se nacionalizó mexicano.¹⁵ 

¹⁵ Mercedes Martínez Torres, maestra, ciudad de México, 13 de noviembre de 2001.